

interrogar con inquieta mirada á la muerte que se cernía sobre el lecho del herido.

Dejemos que Luisa, con el corazón agitado por las palpitations de un amor naciente, vele ansiosa á la cabecera del moribundo, y veamos lo que al día siguiente de aquelen que el embajador de Francia arrojó á los convidados de sir William Hamilton su terrible despedida pasaba en el consejo del rey Fernando.

CAPÍTULO XVIII

El rey

Si en vez de un relato de acontecimientos históricos á los cuales debe imprimir la verdad un sello más profundamente terrible, acontecimientos que por otra parte se hallan consignados de una manera indeleble en los anales del mundo, nos hubiéramos propuesto escribir una simple novela de dos á trescientas páginas con] el inútil fin de distraer á una lectora frívola ó á un lector lleno de hastío con una serie de aventuras más ó menos pintorescas, más ó menos dramáticas, pero hijas de nuestra imaginación, pondríamos en práctica el principio del poeta latino y, apresurando el desenlace, introduciríamos, inmediatamente al lector ó á la lectora en aquel consejo de Estado que presidía la reina Carolina y al cual asistía el rey Fernando, sin cuidarnos de que trabasen más íntimo conocimiento con aquellos dos soberanos, cuyo bosquejo hicimos en uno de nuestros primeros capítulos. Pero entonces, lo que nuestro relato ganase en brevedad, lo perdería sin

duda en interés; porque la curiosidad que excitan las acciones, buenas ó malas, de los personajes que aparecen en escena, se halla siempre en razón directa del conocimiento que de ellos se tiene; además, los dos héroes coronados de nuestra historia ofrecen, vistos de cierto modo, tan original y extravagante aspecto, que algunas páginas de esta obra serían increíbles ó por lo menos inverosímiles, si no nos detuviésemos por un instante á fin de transformar aquellos bosquejos, hechos á grandes rasgos y al lumino, en dos retratos al óleo, perfectamente modelados, los cuales no tendrán nada de común con esas pinturas oficiales de reyes y de reinas que los ministros del interior envían á los departamentos para adornar los salones de las prefecturas y de las alcaldías. Echemos una mirada hacia el pasado.

Á la muerte de Fernando VI, acaecida en 1759, fué llamado al trono de España su hermano menor, que á la sazón reinaba en Nápoles, sucediéndole bajo el nombre de Carlos III.

El rey Carlos III tenía tres hijos: el primero, llamado Felipe, habría sido príncipe de Asturias y heredero del trono de España, al advenimiento de su padre, si no le hubiesen vuelto loco, ó más bien idiota, los malos tratamientos de su madre; Carlos,

el hijo segundo, ocupó el lugar de su hermano mayor y reinó después bajo el nombre de Carlos IV; por último, el tercero, llamado Fernando, ciñó á sus sienes aquella corona de Nápoles que su padre había conquistado á punta de lanza y que tuvo que abandonar por el trono de la península ibérica.

Siete años contaba apenas el príncipe cuando su padre marchó á España, dejándole en Nápoles bajo una doble tutela política y moral. Su tutor político era Tanucci, el regente del reino; su tutor moral era su preceptor, el príncipe de San Nicandro.

Tanucci era un astuto y solapado florentino que debió el puesto eminente que ocupa en la historia, no á su gran mérito personal, sino á la nulidad absoluta de los ministros que le sucedieron; grande por su aislamiento, su talla descende al nivel ordinario si se le compara con un Colbert ó con un Louvois.

En cuanto al príncipe de San Nicandro, — el cual había comprado por treinta mil ducados á la reina María Amelia, según de público se decía, el derecho de hacer de su tercer hijo, no un loco, sino un ignorante, — era el más inepto, el más corrompido de los cortesanos que á mediados del siglo

último hormigueaban alrededor del trono de las Dos Sicilias.

Ciertamente no se concibe á primera vista cómo semejante hombre pudo llegar, ni aun á fuerza de dinero, á ser preceptor de un príncipe cuyo ministro era una persona tan inteligente como Tanucci; pero, la explicación es muy sencilla: siendo Tanucci regente del reino, esto es, verdadero rey de Nápoles, conventale prolongar su reinado más allá de la mayoría de su augusto pupilo; á fuer de florentino, tenía presente el ejemplo de su compatriota Catalina de Médicis que reinó sucesivamente bajo Francisco II, Carlos IX y Enrique III, y esperaba reinar bajo Fernando, ó mejor dicho, sobre él, si el príncipe de San Nicandro conseguía hacer de su discípulo un rey tan ignorante y nulo como su preceptor.

Y preciso es decirlo, si tales fueron las miras de Tanucci, San Nicandro las secundó admirablemente. Un jesuita alemán recibió el encargo de enseñar al rey el idioma francés, del cual no llegó á pronunciar ni una palabra; y como no se juzgó oportuno enseñarle el italiano, resultó que á la época de su matrimonio S. M. no hablaba sino el dialecto de los *lazzaroni*, dialecto que había aprendido con los lacayos que le servían y con los chicos del pueblo, que, para distraerle, dejaban entrar en palacio.

María Carolina, echándole en cara su ignorancia, le enseñó á leer y á escribir, dos cosas que apenas sabía, y le obligó á que aprendiese un poco de italiano, lengua que ignoraba completamente; así es que en sus momentos de buen humor ó de ternura conyugal llamaba siempre á Carolina *mi querida maestra*, aludiendo á las tres partes de su educación que ella había tratado de completar.

¿Quieren mis lectores un ejemplo del idiotismo del príncipe de San Nicandro? Pues allá va.

Un día, el digno preceptor encontró en manos de Fernando las *Memorias de Sully* que el joven príncipe se había puesto á deletrear, porque le habían dicho que él descendía de Enrique IV y que Sully había sido ministro de aquel monarca. Pues bien: San Nicandro le recogió inmediatamente aquel libro pernicioso, y la persona que había tenido la honradez y la imprudencia de prestársele recibió una severa reprimenda.

El príncipe de San Nicandro no le permitía más que un libro, el único que él había leído en toda su vida, el único que él conocía: ese libro era el *Oficio de la Virgen*.

Insistimos sobre la primera educación del rey Fernando para que su responsabilidad por los actos odiosos que en el curso de esta obra

le veremos cumplir no sea mayor de lo que debe ser.

Establecido este primer punto de imparcialidad histórica, veamos cuál fué aquella educación.

La consoladora convicción de que no sabiendo nada, nada podía enseñar á su discípulo, no era bastante para tranquilizar la conciencia del príncipe de San Nicandro; á fin de mantenerle en eternal infancia, y sin perjuicio de desarrollar por medio de ejercicios violentos las cualidades físicas de que le había dotado la naturaleza, separó de él todo cuanto hubiera podido arrojar sobre su espíritu alguna luz respecto á lo bello, á lo bueno y á lo justo.

Como Nemrod, el rey Carlos III era un gran cazador; San Nicandro hizo todo cuanto pudo por que, á lo menos en esto, siguiése el hijo las huellas de padre; al efecto, puso en vigor las tiránicas ordenanzas relativas á la caza, que habían caído en desuso aún en tiempo de Carlos III; castigóse á los cazadores furtivos con bárbaras penas, entre las cuales figuraba el tormento; pobláronse de nuevo las florestas reales de venados y jabalíes; multiplicáronse los guardas, y temiendo que el placer fatigoso de la caza, en virtud del mismo cansancio que produce, dejase al rey demasiado tiempo libre, y que se le antojase emplear ese tiempo en el estudio, cosa difícil pero no imposible, su preceptor le ins-

piró el gusto de la pesca, placer tranquilo y plebeyo que podía servir de reposo al violento y real placer de la caza.

Una de las cosas que más inquietaban al príncipe de San Nicandro, en su desvelo por el porvenir del pueblo sobre el cual estaba llamado á reinar su discípulo, era que éste tenía un carácter dulce y bonachón; urgía, pues, corregirle de estos dos defectos antes que llegaran á arraigarse en el corazón del rey.

He aquí de qué manera se gobernó San Nicandro para corregir al joven príncipe de este doble vicio.

El buen preceptor sabía que el hermano mayor de su discípulo, el que siguió á España al rey Carlos III con el título de príncipe de Asturias, experimentaba un placer supremo, cuando vivía en Nápoles, en desollar conejos vivos.

San Nicandro trató de inspirar al rey Fernando el gusto de esta diversión; pero el pobre niño mostró por ella tal repugnancia, que el maestro hubo de contentarse con inspirarle el deseo de matar á los pobres animalejos. Á fin de dar á este ejercicio el atractivo de la dificultad vencida, no pudiendo poner una escopeta en manos de un niño de ocho ó nueve años por temor de que se hiriese, reunían en un gran patio unos cincuenta ó sesenta conejos cogidos con red, y los espantaba hacia una gatera prac-

ticada en la parte inferior de una puerta, detrás de la cual se ponía el joven príncipe con un garrote en la mano y los aplastaba á medida que iban saliendo.

Pero la afición á matar conejos no fué la sola que inspiró á su discípulo el príncipe de San Nicandro: otro de sus grandes placeres era mantear animales; por desgracia, un día cometió la torpeza de mantear un perro de caza del rey su padre, cosa que le valió una severa mercurial y una prohibición absoluta de meterse en lo sucesivo con los nobles cuadrúpedos.

Mas así que el rey Carlos III marchó á España, San Nicandro no vió inconveniente en que su discípulo reconquistase la libertad perdida, ni en que la extendiera, en caso necesario, de los cuadrúpedos á los bípedos. Y en efecto: cierto día en que Fernando se divertía en jugar á la pelota, reparó que entre las personas que le miraban hacer maravillas en aquel ejercicio, había un joven de escuálida figura, con el cabello empolvado y en traje de eclesiástico. Verle, y ceder á la irresistible tentación de mantearle, fué obra de un segundo; dijo en voz baja algunas palabras al oído de uno de los lacayos que estaban esperando sus órdenes, y el sirviente corrió como una exhalación hacia palacio (la escena pasaba en Pórtici); algunos minutos después,

volvió con una soberbia manta, en la cual metieron los lacayos al paciente designado; el rey y otros tres jugadores la agarraron por los cuatro picos y mantearon al infeliz en medio de la risa de los circunstantes y de la rechifla de la canalla.

La víctima de aquella injuria se llamaba Mazzini y era hijo menor de una noble familia florentina. Tan grande fué la vergüenza que le ocasionó el haber servido de juguete al príncipe y de objeto de risa y mofa á la turba, que abandonó á Nápoles en el mismo día para refugiarse en Roma, en cuyo punto enfermó al llegar y murió al cabo de una semana.

La corte de Toscana se quejó á los gabinetes de Nápoles y Madrid; pero la muerte de un pobre abate, segundón de familia, era cosa de muy poca monta para que ni el padre del culpable ni el culpable mismo se tomasen el trabajo de dar satisfacciones.

Entregado por completo á semejantes placeres, compréndese que el rey se aburriera, cuando niño, en la sociedad de personas instruídas y que al llegar á joven la esquivase por vergüenza de su ignorancia; así es que pasaba la vida ya en la caza, ya en la pesca, ó bien haciendo el ejercicio con los muchachos de su edad, á los cuales reunía en el

patio de palacio y armaba de mangos de escoba, nombrando á aquellos cortesanos en cierne, capitanes, tenientes y sargentos, y repartiendo sendos latigazos á los que hacían una falsa maniobra ó se equivocaban en las voces de mando. Pero como los latigazos de un príncipe son favores y gracias, sucedía que, al llegar la caída de la tarde, aquellos que más habían recibido eran los que se creían en mejor predicamento con su *graciosa* Majestad.

No obstante esta falta de educación, el rey conservó cierto fondo de buen sentido que le permitía conocer la verdad y la justicia cuando no venían á impedirlo extrañas influencias. Durante el primer tercio de su vida, ó sea en la época anterior á la revolución francesa, cuando aun no temía la invasión de lo que él llamaba los malos principios, esto es, de la ciencia y del progreso, nunca dejó de conceder puestos y pensiones á las personas que le presentaban como recomendables por sus conocimientos; y aunque apenas sabía leer ni escribir, ni hablaba más idioma que el dialecto del muelle, no era insensible al lenguaje elocuente y elevado. Cierta día, un franciscano llamado Fosco, á quien perseguían los frailes de su convento porque era más sabio y mejor predicador que ellos, halló manera de llegar hasta el rey, se echó á sus pies,

y le refirió punto por punto los sufrimientos que le ocasionaban la envidia y la ignorancia de sus cofrades; admirado el rey de la solidez y elegancia de su discurso, habló con él largo rato y concluyó por decirle:

— Dejadme vuestro nombre y volved tranquilo á vuestro convento; yo os doy mi palabra de honor de concederos la primera mitra que haya vacante.

La primera mitra que vacó fué la de Monopoli, ciudad situada en el país de Bari, sobre el Adriático.

Según costumbre, el limosnero presentó al rey, para llenar aquel puesto, una lista de tres candidatos pertenecientes á las primeras familias; pero el rey le dijo meneando la cabeza:

— ¡No, por Dios! desde que estáis encargado de las presentaciones, bastantes mitras me habéis hecho dar á jumentos que no merecían sino una albarda... ¡que Dios y San Genaro me perdonen su nombramiento! Hoy quiero hacer un obispo á mi modo, y me lisonjeo de que ha de valer más que todos los que me habéis echado sobre la conciencia.

Y, borrando los tres nombres, escribió el del padre Fosco.

Fernando no se equivocó en sus previsiones: el

padre Fosco fué uno de los obispos más notables del reino; y como cumplimentase al rey por su elección una persona que había oído predicar al ex-franciscano y que alababa, no sólo su elocuencia, sino también su ejemplar conducta:

— ¡Pues como ese los elegiría siempre! respondió el monarca; pero hasta ahora no he conocido entre la gente de iglesia más que un solo hombre de mérito: el gran limosnero no me propone sino pollinos. ¿Qué queréis? natural es que el pobre hombre se interese por sus colegas de cuadra.

Fernando manifestaba á veces una bondad de carácter que recordaba la de su abuelo Enrique IV.

Paseándose un día por el parque de Caserta en traje militar, se llegó á él una aldeana y le dijo:

— Señor, me han asegurado que el rey se pasea frecuentemente por esta alameda; ¿podréis decirme si tendré hoy la fortuna de encontrarle?

— Buena mujer, le respondió Fernando: no sé á punto fijo á qué hora pasará el rey por aquí; pero si tenéis algo que pedirle, yo me hallo á su servicio y puedo encargarme de transmitirle la petición.

— Pues el asunto es que yo tengo un pleito, y como soy una pobre viuda sin un cuarto que dar al pícaro del relator, hace tres años que me tiene con el ay en la boca sin adelantar paso.

— ¿Traéis preparado un memorial?

— Sí, señor.

— Dádmele y volved mañana á la misma hora; yo haré que para entonces tenga ya la apostilla del rey.

— Pues como lo hagáis, dijo la viuda, os he de regalar tres pavos gordos como terneras que tengo en casa.

— Volved mañana con vuestros pavos, buena mujer, y encontraréis el memorial apostillado.

La viuda fué exacta á la cita, pero no más exacta que el rey. Fernando tenía en la mano el memorial, la mujer traía los tres pavos prometidos, y ambos hicieron un toma y daca.

Mientras que el rey los tentaba para ver si estaban tan gordos como había dicho la viuda, ésta abría el memorial para cerciorarse de si tenía la apostilla de Su Majestad.

Entrambos habían cumplido fielmente su palabra.

Efectuado el cambio, cada cual marchó por su lado.

El rey, con sus tres pavos cogidos por las patas, entró en el cuarto de la reina. María Carolina se puso á mirar aquella volateria que aleteaba entre las manos de su marido, como preguntando lo que significaba.

-- Querida maestra, le dijo ; vos me decís siempre que no sirvo para nada y que, si no hubiese nacido rey, no sabría ganar un pedazo de pan. Pues bien : ¡ hé aquí tres pavos que acaban de regalarme por una firma !

Y le refirió la aventura.

— ¡ Pobre mujer ! exclamó la reina así que su marido acabó de hablar.

— ¿ Pobre ? ¿ por qué razón ?

— Porque se me figura que ha hecho un mal negocio. ¿ Creéis que el relator hará caso de vuestra firma ?

— Ya se me ha ocurrido á mí, dijo Fernando con sonrisa burlona ; pero tengo mi plan.

Según Carolina había previsto, la recomendación de su augusto esposo no produjo el menor efecto en el ánimo del relator, y el pleito continuó tan estancado como antes.

La viuda volvió á Caserta y, como no sabía el nombre del oficial que la había prestado el servicio, preguntó por la persona á quien regalara los tres pavos.

El lance era ya conocido de todo el mundo ; así es que inmediatamente avisaron al rey de que allí estaba la pleitista.

Fernando la hizo entrar.

— Y bien, buena mujer, le dijo ; ¿ venís á anunciarme que se ha fallado ya vuestro pleito ?

— ¡ Sí, ya le van fallando ! respondió ; menester es que el rey tenga bien poco crédito ; porque ¿ sabéis lo que me dijo el relator cuando le presenté el memorial apostillado por Su Majestad ? Pues me dijo : « ¡ Bueno, bueno ! si el rey tiene prisa yo no tengo ninguna, y esperará como cada hijo de vecino. » Conque en ley de Dios y en conciencia, añadió, debéis devolverme mis tres pavos ó pagarme lo que valían.

El rey se echó á reír.

— Lo que es devolvéroslos, de buena gana lo haría, pero ya es imposible ; quiere decir que si no tenéis pavos tendréis dinero.

Y metiendo la mano en el bolsillo, sacó un puñado de monedas de oro y se las dió á la viuda.

— En cuanto al relator, añadió, estamos á 25 de Marzo, ¿ no es verdad ? pues bien, ya veréis cómo vuestro pleito queda fallado en la primera audiencia de Abril.

Cuando el relator se presentó á fin de mes á cobrar sus honorarios, el tesorero le dijo :

— Tengo orden de Su Majestad de no pagaros hasta que se falle el pleito cuyo despacho os hizo el honor de recomendaros.

La medida fué eficaz : el pleito se falló en la primera audiencia, según había previsto el rey.

Cazando en otra ocasión en la floresta de Parsano, vestido con la misma librea que sus guardas, encontró á una pobre mujer que lloraba á lágrima viva apoyada contra un árbol.

El rey fué el primero que le dirigió la palabra, preguntándola qué tenía.

— ¿ Qué he de tener? respondió, que soy una pobre viuda con siete hijos, sin más hacienda para mantenerlos que una tierrecita que tengo allá abajo, la cual acaban de devastarme los perros y los picadores del rey.

Luego, encogiéndose de hombros y sollozando con más fuerza :

— ¡ Oh! es una cosa bien triste, añadió, vivir bajo el yugo de un hombre que, por una hora de placer, no vacila en arruinar á una familia. ¿ Por qué no se está ese bruto en su palacio, en vez de venir á devastar las tierras de los pobres?

— Lo que decís, buena mujer, está muy puesto en razón, respondió Fernando ; y yo, que pertenezco á la servidumbre del rey, me encargo de hacerle presente vuestras quejas, suprimiendo, por supuesto, las injurias de que las sazónáis.

— ¡ Oh! puedes decirle lo que quieras, repuso la

mujer, cada vez más exasperada. Nada espero de semejante egoísta, ni es posible que me cause más perjuicio del que me ha hecho.

— No importa, dijo el rey : enséñame la haza para que pueda juzgar por mí mismo de si el daño es en realidad tan grande como dices.

La viuda le condujo á la tierra, y, en efecto, las patas de los perros y de los caballos habían destrozado completamente la cosecha.

Viendo entonces el rey á unos campesinos que á la sazón pasaban por allí, los llamó y les dijo que justipreciasen en conciencia el daño ocasionado á la viuda.

Los peritos le apreciaron en veinte ducados.

El rey metió mano al bolsillo y sacando sesenta :

— Aquí tenéis; dijo á los aldeanos, veinte ducados que os debo por vuestro arbitraje; los otros cuarenta son para esta pobre mujer. Pues me parece muy justo que el rey, cuando ocasiona un perjuicio, pague siquiera el doble de lo que pagaría un simple particular.

En otra ocasión, acababan de condenar á muerte á un pobre diablo, y su mujer, siguiendo los consejos del abogado defensor, salió de Aversa á pie y tomó el camino de Nápoles para pedir al rey el indulto de su marido. Nada había más fácil que

llegar hasta el rey, en razón á que el monarca andaba siempre por Chiaia ó por la calle de Toledo; pero esta vez, desgraciada ó felizmente para la suplicante, el rey no estaba en palacio, ni en Chiaia, ni en Toledo, sino en Capodimonte; era la estación de las chochas, y su padre Carlos III, de cinegética memoria, había hecho construir allí un palacio, que había costado doce millones, con el solo objeto de encontrarse en el paso de aquella caza tan estimada de los golosos.

La pobre mujer acababa de andar cinco leguas de un tirón, y estaba muerta de cansancio. Al presentarse á la puerta de palacio y al saber que Fernando se hallaba en Capodimonte, suplicó al jefe del puesto que le permitiera esperar al rey, cosa que le concedió el jefe, movido á compasión por sus lágrimas y por la causa que se las hacía derramar. La infeliz se sentó en el primer peldaño de la escalera por la cual debía subir el rey; pero la fatiga fué más poderosa que la inquietud, y después de haber luchado contra el sueño durante algunas horas, apoyó la cabeza contra la pared, cerró los ojos y se quedó dormida.

Apenas contaba la pobre quince minutos de sueño, cuando volvió el rey. Fernando era un gran tirador, y aquel día había sido más diestro que de costumbre,

por lo cual se hallaba en una excelente disposición de ánimo cuando vió á la pobre mujer que le estaba esperando. Los palaciegos quisieron entonces despertarla; pero el rey hizo señas de que no la tocasen; acercóse á ella, la miró con cierta curiosidad mezclada de interés, y distinguiendo un pico del memorial que salía por entre el corpiño, tiró de él suavemente, le pasó por la vista, pidió una pluma, puso al pie: *Fortuna e duorme* (la fortuna viene durmiendo), y firmó: FERNANDO B.

Acto continuo volvió á colocarle el memorial en el pecho, ordenó que bajo ningún pretexto la despertaran y que no la dejasen llegar hasta él; inútil es decir que dió también las oportunas órdenes para que se sobreyese la causa.

Al cabo de media hora, la infeliz durmiente abrió los ojos y supo que el rey acababa de pasar por delante de ella.

¡ Cuál no fué entonces su desconsuelo! ¡ Venir de cinco leguas y dejar escapar tan propicia ocasión! la pobre volvió á suplicar al jefe del puesto que la permitiese esperar la salida del rey; pero el jefe respondió que le estaba expresamente prohibido, y la sin ventura, con la desesperación en el alma, tomó de nuevo el camino de Aversa.

Al llegar, su primera visita fué para el abogado

que le había dado el consejo de ir á Nápoles á implorar la real clemencia; contóle cuanto le había sucedido, lamentándose de haber dejado escapar una ocasión que no se presentaría tan fácilmente; el abogado le dijo que le diese el memorial, que él tenía amigos en la corte y buscaría medios de hacerle llegar á manos del rey.

Obedeció la mujer, el abogado tomó la solicitud y la abrió por un movimiento maquinal; pero apenas fijó en ella la vista cuando lanzó un grito de alegría. En las críticas circunstancias en que se hallaban, el axioma consolador escrito y firmado por el rey equivalía á un indulto; y en efecto; gracias á las instancias del abogado, á la producción de la apostilla real y, sobre todo, á las órdenes que directamente había dado el rey, el preso fué puesto en libertad.

Fernando era poco escrupuloso en sus amores: con tal de que la mujer fuese joven y hermosa, poco le importaban el rango ni la educación. En todos los parques donde se entregaba al ejercicio de la caza, había hecho construir casitas de campo, de cuatro ó cinco habitaciones, cuyo mueblaje era sencillo y decente al mismo tiempo; en ellas se detenía para almorzar ó comer, ó bien para descansar algunas horas. Al cuidado de cada una de aquellas

casitas había una joven que se elegía siempre entre las chicas más guapas de las aldeas vecinas. Estando el rey cierto día en uno de aquellos eróticos nidos, dijo al ayuda de cámara entre cuyas atribuciones figuraba la de hacer que su amo no encontrase muy frecuentemente las mismas caras: « ¡ Cuidado como sabe la reina lo que pasa aquí! » El ayuda de cámara, que no se mordía la lengua, respondió con la libertad que le daba su oficio:

— ¡ Bah! ¡ Vuestra Majestad se apura por bien poco! Su Majestad la reina hace lo mismo, y no se vale de tantas precauciones.

— ¡ Chist! repuso el rey; ¿ qué mal hay en ello? así se cruzan las razas.

— Y en efecto; viendo el rey que la reina tenía tan pocos reparos, concluyó también por desenmascararse y por fundar la famosa colonia de San Leucio, á cuyo frente colocó al cardenal Fabricio Ruffo, según antes dijimos.

Aquella colonia llegó á contar quinientos ó seiscientos habitantes, los cuales, á condición de que los maridos y los padres no tuvieran ojos para ver entrar en su casa al rey Fernando, ni tratasen de abrir una puerta cuando esa puerta tuviese sus razones particulares para estar cerrada, gozaban toda clase de privilegios, como la exención del ser-

vicio militar, el derecho de tener tribunales propios, de casarse sin necesidad del permiso de los parientes y, por último, de contar con un dote que al casarse les suministraba la real munificencia. De aquí resultó que la población de aquella otra Salento fundada por un segundo Idomeneo llegó á ser una especie de colección de medallas acuñadas directamente por el rey; cuando el tipo borbónico desaparezca del resto del mundo, los anticuarios podrán encontrarle todavía en aquella venturosa almáciga.

Por las anécdotas que acabamos de referir se ve claramente que el natural del rey Fernando no era cruel ni mucho menos, cosa que había descubierto y hecho lo posible para enmendar su ilustre preceptor; sin embargo, la vida de aquel monarca, en la época en que le presentamos en escena (1799), podía ya dividirse en dos fases:

Antes de la revolución francesa, — después de la revolución.

Antes de la revolución, Fernando era el hombre que hemos visto, esto es, sencillo, ingenioso, y más inclinado al bien que al mal.

Después de la revolución, fué, como luego veremos, tímido, implacable, receloso y más inclinado al mal que al bien.

En la especie de retrato moral que acabamos de

hacer, quizá con demasiada extensión, nos hemos propuesto presentar de relieve la extraña personalidad del rey Fernando, cuyas cualidades y defectos pueden resumirse del modo siguiente: agudeza natural, falta absoluta de educación, indiferencia por la gloria, horror al peligro, carencia absoluta de corazón y de sentimientos, el perjurio establecido en principio, la religión del poder real llevada tan al extremo como la llevó Luis XIV, el cinismo de la vida política y de la vida privada convertido en sistema por desprecio á los grandes señores que le rodeaban, en los cuales no veía más que una cáfila de cortesanos, y por desprecio al pueblo de esclavos sobre el cual reinaba; instintos inferiores que le hacían correr en pos de groseros amorfos, y afición á las diversiones físicas que tendían incesantemente á materializar el cuerpo á expensas del espíritu. Tales son los datos con los cuales es preciso juzgar al hombre que subió al trono casi tan niño como Luis XIV, que murió casi tan viejo como él, que reinó desde 1759 hasta 1823, esto es, por espacio de sesenta y seis años, comprendida su minoría, y ante cuyos ojos se deslizaron, sin que supiera medir la altura de los acontecimientos, ni la magnitud de las catástrofes, las terribles escenas de la mitad del siglo último y del primer tercio del

siglo presente. La figura de Napoleón cruzó entera por su reinado: habiendo nacido diez y seis años antes que el cautivo de Santa Elena y muerto cinco años después, le vió crecer, encumbrarse, menguar en poderío y en fortuna y hundirse en Waterloo. Por último, sin tener más valor que el de un simple comparsa real, se encontró figurando entre los primeros actores de ese gigantesco drama que trastornó el mundo desde Viena á Lisboa, desde el Nilo al Moskova.

Dios le llamó Fernando IV, la Sicilia Fernando III, el Congreso de Viena Fernando I, los *lazzaroni* de Nápoles el rey *Nasone*.

Dios, la Sicilia y el Congreso se equivocaron: uno solo de esos cuatro nombres fué verdaderamente popular: el que le dieron los *lazzaroni*.

Cada pueblo ha tenido su rey, encarnación y resumen del espíritu nacional: los escoceses tuvieron á Roberto Bruce, los ingleses á Enrique III, los alemanes á Maximiliano, los rusos á Iván *el Terrible*, los polacos á Juan Sobieski, los españoles á Carlos V, los franceses á Enrique IV, los napolitanos... al rey *Nasone*.

FIN DEL PRIMER TOMO.

ÍNDICE

CAP. I. — Un hidalgo y seis matones.....	5
II. — La hechicera.....	19
III. — El horóscopo.....	32
IV. — Antecedentes históricos.....	47
V. — La galera capitana.....	67
VI. — El héroe del Nilo.....	82
VII. — El pasado de lady Hamilton.....	98
VIII. — La fiesta del miedo.....	121
IX. — El enviado de Roma.....	153
X. — El hijo de la muerte.....	171
XI. — El derecho de asilo.....	185
XII. — El general Championnet.....	197
XIII. — El beso de un marido.....	214
XIV. — El caballero San Felice.....	223
XV. — Luisa Molina.....	239
XVI. — Padre é hija.....	254
XVII. — Un año de prueba.....	270
XVIII. — El rey.....	287